

—Dios lo oiga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oído decir que más vale buena esperanza que ruin posesión. En esto estaban cuando entró Don Antonio diciendo con muestras de grandísimo contento:

—Albricias, señor Don Quijote, que Don Gregorio y el renegado que fué por él está en la playa; ¿qué digo en la playa? ya está en casa del virrey, y estará aquí al momento. Alegróse algún tanto Don Quijote, y dijo:

—En verdad que estoy por decir que me holgara que hubiera sucedido todo al revés, porque me obligara á pasar á Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no sólo á Don Gregorio, sino á cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero, ¿qué digo, miserable? ¿No soy yo el vencido? ¿No soy yo el derribado? ¿No soy yo el que no puede tomar armas en un año? Pues ¿qué prometo? ¿de qué me alabo, si antes me conviene usar de la rueca que de la espada?

—Déjese deso, señor, dijo Sancho: viva la gallina, aunque con su pepita, que hoy por tí y mañana por mí; y en estas cosas de encuentros y portazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, si no es que se quiera estar en la cama: quiero decir, que se deje desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas pendencias; y levántese vuesa merced agora para recibir á Don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa.

Y así era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta Don Gregorio y el renegado al virrey de su ida y vuelta, deseoso Don Gregorio de ver á Ana Félix, vino con el renegado á casa de Don Antonio; y aunque Don Gregorio cuando le sacaron de Argel fué con hábitos de mujer, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo; pero en cualquiera que viniera mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremanera, y la edad al parecer de diez y siete ó diez y ocho años.

Ricote y su hija salieron á recibirle, el padre con lágrimas, y la hija con honestidad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura.

Las dos bellezas juntas de Don Gregorio y Ana Félix, admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar á Don Gregorio. Contó Don Gregorio los peligros y aprietos en que se había visto con las mujeres con quien había quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discreción se adelantaba á sus años.

Finalmente Ricote pagó y satisfizo liberalmente, así al renegado como á los que habían bogado al remo. Reincorporóse y redujóse el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido volvió limpio y

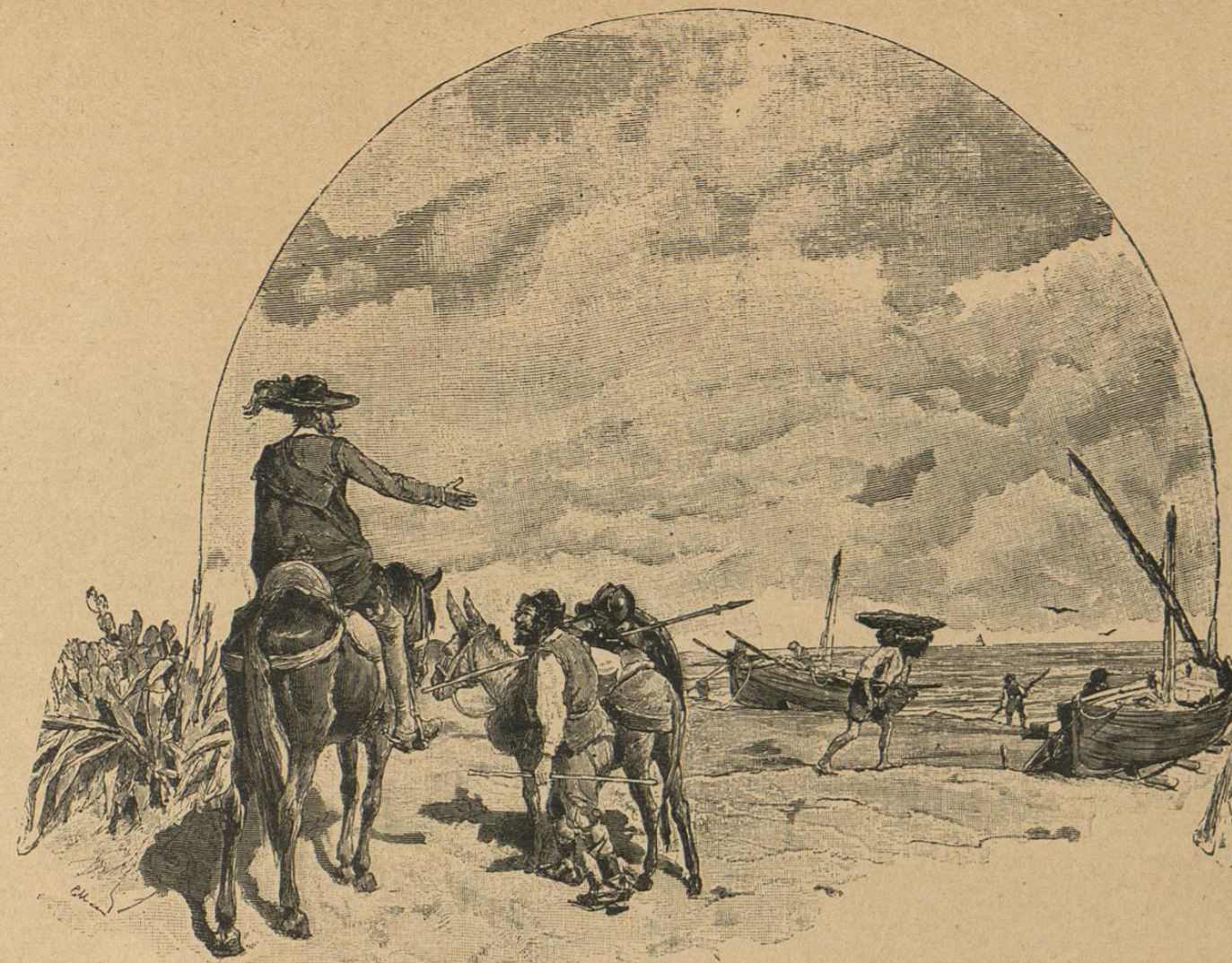
sano con la penitencia y el arrepentimiento. De allí á dos días trató el virrey con Don Antonio qué modo tendrían para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedase en ella hija tan cristiana y padre al parecer tan bien intencionado.

Don Antonio se ofreció á venir á la corte á negociarlo, donde había de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella por medio del favor y las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban.

—No, dijo Ricote, que se halló presente á esta plática, hay que esperar en favores ni en dádivas, porque con el gran Don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, á quien dió su majestad cargo de nuestra expulsión, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que abrasa, que del unguento que molifica, y así con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida ejecución el peso de tan gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como ratz escondida, con el tiempo venga después á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenía.

Heroica resolución del gran Filipo III, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal Don Bernardino de Velasco! Una por una yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que más fuere servido, dijo Don Antonio: Don Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia; Ana Félix se quedará con mi mujer en mi casa ó en un monasterio, y yo sé que el señor virrey gustará se quede en la suya el buen Ricote hasta ver cómo yo negocio.

El virrey consintió en todo lo propuesto: pero Don Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo que en ninguna manera podía ni quería dejar á Doña Ana Félix; pero teniendo intención de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la mujer de Don Antonio, y Ricote en casa del Virrey. Llegóse el día de la partida de Don Antonio, y el de Don Quijote y Sancho, que fué de allí á otros dos, que la caída no le concedió que más presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse Don Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote á Don Gregorio mil escudos si los quería; pero él no tomó ninguno, sino sólo cinco que le prestó Don Antonio, prometiendo la paga dellos en la corte. Con esto se partieron los dos, y Don Quijote y Sancho después, como se ha dicho: Don Quijote desarmado y de camino, Sancho á pie, por ir el rucio cargado con las armas.



CAPÍTULO LXVI.

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.

AL salir de Barcelona volvió Don Quijote á mirar el sitio donde había caído, y dijo:

—Aquí fué Troya; aquí mi desdicha y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se oscurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse. Oyendo lo cual Sancho, dijo:

—Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades: y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de á pie, no estoy triste: porque he oído decir que esta que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe á quién derriba ni á quién ensalza.

—Muy filósofo estás, Sancho, respondió Don Quijote, muy á lo discreto hablas; no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura.

Yo lo he sido de la mía, pero con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarín mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podía resistir la flaqueza de Rocinante. Atrévime, en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora cuando soy escudero pedestre acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas.

—Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pie que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algún árbol en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los pies del suelo, haremos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere: que pensar que tengo de caminar á pie, y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado.

—Bien has dicho, Sancho, respondió Don Quijote: cuélguense mis armas por trofeo, y al pie dellas ó al rededor dellas grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldán estaba escrito:

Nadie las mueva,
que estar no pueda
con Roldán á prueba.

—Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho; y si no fuera por la falta que para el camino nos había de hacer Rocinante, también fuera bien dejarle colgado.

—Pues ni él ni las armas, replicó Don Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga que á buen servicio mal galardón.

—Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho, porque según opinión de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda; y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mismo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen más de lo justo.

En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel día, y aun otros cuatro, sin sucederles cosas que estorbases su camino, y al quinto día, á la entrada de un lugar hallaron á la puerta de un mesón mucha gente, que por ser fiesta se estaba allí solazando. Cuando llegaba á ellos Don Quijote, un labrador alzó la voz, diciendo:

—Alguno destes dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de haer en nuestra apuesta.

—Sí diré por cierto, respondió Don Quijote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla.

—Es, pues, el caso, dijo el labrador, señor bueno, que un vecino deste lugar, tan gordo que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino, que no pesa más que cinco. Fué la condición que habían de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales, y habiéndole preguntado al desafiador, cómo se había de igualar el peso, dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro á cuestas, y así se igualarían las cinco arrobas del flaco con las once del gordo.

—Eso no, dijo á esta sazón Sancho, antes que Don Quijote respondiese: y á mí que há pocos días que salí de ser gobernador y juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas, y dar parecer en todo pleito.

—Responde en buena hora, dijo Don Quijote. Sancho amigo, que y no estoy para dar migas á un gato, según traigo alborotado y trastornado el juicio.

Con esta licencia, dijo Sancho á los labradores que estaban muchos al rededor dél, la boca abierta, esperando la sentecia de la suya.

—Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna, porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que éste las escoja tales, que le impidan ni estorben salir vencedor; y así es mi parecer, que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí ó de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y tuviere, y desta manera quedando en cinco arrobas de peso se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente.

—Voto á tal, dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un canónigo; pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto más seis arrobas.

—Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se mueva con el peso ni el gordo se descarne, y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva.

—Yo, señores, respondió Don Quijote, os lo agradezco; pero no puedo tenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés, y caminar más que de paso; y así dando de las espuelas á Rocinante pasó adelante, dejándolos admirados de haber visto y notado así su extraña figura, como la discreción de su criado, que por tal juzgaron á Sancho: y otro de los labradores dijo:

—Si el criado es tan discreto, ¿cuál debe ser el amo? Yo apostaré que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser alcaldes de corte, que todo es burla, sino estudiar y más estudiar, y tener favor y ventura, y cuando menos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza.

Aquella noche la pasarón amo y mozo en mitad del campo al cielo raso y descubierto, y otro día siguiendo su camino vieron que hacia ellos venía un hombre de á pie con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pie, el cual como llegó junto á Don Quijote adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba á más, le dijo con muestras de mucha alegría:

—Oh mi señor Don Quijote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazón de mi señor el duque cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo, que todavía se está en él con mi señora la duquesa!

—No os conozco, amigo, respondió Don Quijote, ni sé quién soís, si vos no me lo decís.

—Yo, señor Don Quijote, respondió el correo, soy Tosilos el lacayo del duque mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de Doña Rodríguez.

—¿Válame Dios! dijo Don Quijote: ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en ese lacayo que decís, por defraudarme de la honra de aquella batalla?

—Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo salió della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al revés mi pensamiento, pues así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el duque mi señor me hizo dar cien palos por haber contravenido á las ordenanzas que me tenía dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y Doña Rodríguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al virrey, que le envía mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuántas rajitas de queso de Tronchón, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo.

—Quiero el envite, dijo Sancho, y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosilos á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias.

—En fin, dijo Don Quijote, tú eres, Sancho, el mayor glotón del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos contrahecho: quédate con él y hártate, que yo me iré adelante poco á poco, esperándote á que vengas.

Rióse el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó sus rajas, y sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compañía despabilaron y dieron fondo con todo el reposito de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas sólo porque olía á queso. Dijo Tosilos á Sancho:

—Sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco.

—¿Cómo debe? respondió Sancho, no debe nada á nadie, que todo lo paga, y más cuando la moneda es locura: bien lo veo yo y bien se lo digo á él; pero ¿qué aprovecha? y más agora que va rematado, porque va vencido del caballero de la Blanca Luna.

Rogóle Tosilos le contase lo que le había sucedido; pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase, que otro día si se encontrasen habría lugar para ello; y levantándose después de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al rucio, y diciendo adiós, dejó á Tosilos, y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.



Aquí finalmente cayó mi ventura para jamas levantarse.

